

Escenario de paz

MANUEL MONTERO

En el concepto batasuno el escenario de paz no es un fin en sí mismo. La idea es que mientras se escenifique como si hubiese una paz, se hable de cómo salir del escenario y llegar a la paz

Estamos en un 'escenario de paz', se repite hasta la saciedad. La expresión tiene su intrínquis. Es un circunloquio nacido durante el periodo soberanista, difundido por la izquierda abertzale y hoy de uso común. No quiere decir 'paz', contra lo que se sugiere: el argot vasco es mucho más sofisticado. En los últimos años ETA y sus compañías no solían hablar de darnos la paz, sino de concedernos un 'escenario de paz'. «Plenamente convencida de que existe la oportunidad para construir un escenario de paz y libertad», ETA ratificaba su disposición «para profundizar en el camino emprendido». Para afianzar «un escenario de paz». No la paz, sino el escenario. No es lo mismo.

Tal y como la han venido usando, esta expresión venía a designar un periodo concreto, bien asentado en el imaginario de los propagandistas del diálogo, negociación y fase resolutoria, dentro del proceso de paz. En esta ficción, es la fase en la que el terrorismo deja de actuar sin desaparecer: tutela. A la contraparte (el Estado) se le exige el relajo de la política antiterrorista (¡incluso «el desarme y la desmilitarización de Euskal Herria!»), así como que afronte «las consecuencias del conflicto», es decir, que cambie la política penitenciaria, acerque presos, los libere...

El 'escenario de paz' no es un concepto pacifista sino militarista. Lo definen los siguientes parámetros. Las dos partes deponen las armas (para los terroristas hay dos bandos armados enfrentados). Unos liberan presos; los otros 'reconocen' a las víctimas. Eso sí, humillándolas, poniéndoles al mismo nivel que los asesinos, unos y otros 'víctimas' genéricas de un conflicto que existiría al margen de las voluntades. El 'escenario de paz' exige, también, que puedan actuar políticamente quienes estaban ilegalizados.

Ahí hemos llegado. Al escenario de paz, que no a la paz. Todo sugiere que ha habido algún acuerdo para llegar a esta fase en tales términos. Esto explicaría la legalización de Bildu y las proclamas socialistas sobre la necesidad de acercar presos –la 'desmilitarización' es harina de otro costal, mientras no resulte creíble lo que dicen de que se relaja la presión policial–.

En esta lógica, la cuestión de los presos pasa a un primer plano del escenario. Será competencia del principal mecanismo de lucha que habrá mientras dure el cese definitivo de la violencia: la 'movilización popular'. En los últimos años venía siendo un medio para la afirmación colectiva del MLNV. Ahora buscará además cambios en las decisiones gubernamentales y en las posiciones de los partidos parlamentarios. Su eficacia depende de que arrastre a grupos situados fuera de la izquierda abertzale. Conociendo el paño, lo conseguirá. ¿La apoyarán nacionalistas moderados y socialistas? Si así sucediera, las 'fuerzas populares' (o sea, la iz-

quierda abertzale) comenzarían a ganar el escenario de paz, que es escenario de lucha y en el que se dilucida la cuestión de los presos y también la de quién manda aquí.

Sin embargo, en el concepto batasuno el escenario de paz no es un fin en sí mismo. La idea es que mientras se escenifique como si hubiese una paz, se hable de cómo salir del escenario y llegar a la paz. A la paz verdadera. Es decir, al reconocimiento de la territorialidad, la autodeterminación, etcétera, los principios con los que este mundo la identifica. Cuando haya pactos sobre estas menudencias, del escenario de paz saldrá la paz, que en este argot no es el final del terror sino el desarrollo de sus exigencias.

En esta teoría, 'escenario de paz' se refiere al espacio temporal y político que se extiende desde el cese de las acciones terroristas hasta que se acuerde la rendición de la democracia. Es, por definición, una fase transitoria, que tiene un punto de partida y va hacia un objetivo. Resulta impensable que nos quedemos en el escenario para siempre. De este saldrá la paz, la paz verdadera. O no, en cuyo caso volveremos a antes del escenario. Por definición el escenario es contingente.

Tales precisiones son importantes para caracterizar la situación en la que estamos: no la paz sino un escenario de paz.

Y hay que constatar que «las fuerzas revolucionarias» van ganando en un punto. Una vez más, se impone el lenguaje creado por el entorno terrorista. Sus términos pasan a ser de uso común. Con las palabras llegan sus estructuras conceptuales, que acabarán siendo las de todos. ¿Qué hicieron ZP y el lehendakari tras el cese llamado definitivo? Analizaron «el escenario de consolidación de la paz». Pues eso.

Esta vez llevamos mucho adelantado, una vez que el presidente y secretario de los socialistas vas-

cos, avalados por el Gobierno ZP, admitieron hace cinco años las reivindicaciones soberanistas fundamentales: hay principios de acuerdo que tienen difícil vuelta atrás. Sólo les basta convencer a sus votantes de que los terroristas tenían razón –argumento: por la paz un Avemaria– y tendrán que apechugar en su conciencia con la carga de convertir a los del PP, hoy sus apoyos, en enemigos, en el sentido literal que el término tiene en Euskadi.

Por último, una precisión sobre el significado de las palabras en el País Vasco. Expresan deseos y actitudes, no siempre realidades. Cuando ETA decía «indefinida» y «permanente» no mentía. Expresaba su deseo de que la tregua fuese indefinida y permanente, pero atribuía a los demás la responsabilidad de que lo fuese: solo tendrían que tomar nota de sus reivindicaciones y llevarlas a la práctica. No hay ninguna razón para pensar que «definitivo» no tenga la misma retranca. ETA quiere que sea definitivo. Los demás son responsables de que lo sea.



:: JOSE IBARROLA